

LO MEXICANO EN LA MEDICINA

COMENTARIO AL TRABAJO DEL DR. GERMAN SOMOLINOS
EN SU INGRESO A LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

DR. F. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

DAR LA BIENVENIDA a un nuevo académico, es tarea siempre grata. Lo es más si esa bienvenida es ocasión para comentar un trabajo de ingreso de nombre sugestivo sobre un tema apasionante.

El trabajo que me toca comentar, fue escrito por Germán Somolinos D'Ardois, médico en la madurez de su edad, quien se ha trasplantado con su familia a nuestra Patria desde hace ya algunos años, donde ha vivido de honesto trabajo dividiendo el tiempo, entre la investigación de laboratorios, y la investigación histórica. Esta última la ha llevado a cabo con amor, con tesón y con entusiasmo.

Y a propósito de investigación no puedo menos de recordar lo que, con motivo de la solemne conmemoración que hizo la Academia en el centenario de Ramón y Cajal, decía Costero, en este mismo lugar; "El trabajo científico, empieza por no ser un trabajo sino una diversión. Es un juego noble y limpio en el que ponemos nuestros más altos sentimientos en pos de una verdad. En el peor de los casos adquirimos conocimientos que crecen con el tiempo, afirman nuestras ligas espirituales y crean lazos de afecto cada vez más sólidos. Permite hasta encontrar una patria cuando se cree todo perdido."

No debe extrañarnos, que con cariño y entusiasmo, el tema escogido por Somolinos se refiera a "Lo Mexicano en la Medicina".

El sentimiento de lo mexicano comienza, como dice el autor desde muy reciente la conquista, y crece con los años.

Debemos por nuestra parte recordar que no es lo mexicano, lo exclusivamente autóctono, ni tampoco al decir de Alfonso Reyes "solo es mexicano lo folklórico, lo costumbrista, lo pintoresco. Todo esto es muy agradable —continúa Reyes— y tiene derecho a vivir, pero ni es todo lo mexicano, no es siquiera lo esencialmente mexicano".

Lo mexicano en el sentido actual de la palabra, se inicia en 1536 en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, bajo el estudio y ejemplo de Bernardino de Sahagún.

Lo mexicano en medicina surge precozmente como lo hace notar Somolinos, en 1552, también en Tlaltelolco, con el *Libellus medicinalibus* escrita en náhuatl por Martín de la Cruz, traducido al latín por Juan Badiano e ilustrado con dibujos a colores por los tlacuilos. Luego viene la grandiosa aventura de Francisco Hernández. Si la obra de Badiano representa la fusión, la de Hernández representa la difusión por Europa.

Nosotros agregaríamos que durante el siglo XVI late lo mexicano también en los autores españoles que vienen a México, y habitan aquí y aquí mueren: el doctor García de Farfán, más tarde ingresado a la orden de los agustinos con el nombre de Fray Agustín Farfán quien trata, con relativa extensión, de las yerbas indígenas; el doctor Francisco Bravo, y el cirujano Alfonso López hablando del *cocolixtle*.

Aun en los años de los siglos XVII y XVIII que Somolinos los califica de tristes, México asimila en el arte los elementos góticos, barrocos, y mudéjares que le llegan de España, o los asiáticos que vienen de China y Japón a través de las Islas Filipinas, descubiertas y colonizadas por barcos y hombres que zarpan de Acapulco y Manzanillo.

Cúpulas, fachadas de argamasa o alfeñique, brillantes azulejos policromados, son elementos que han sido importados que pueden según los gustos, ser superiores o inferiores a los de la península, pero son diferentes. El barroco de España se transforma en el plateresco mexicano, el estilo de Churriguera, en el ultrabarroco mexicano.

En medicina pasa lo mismo. El catedrático de medicina ostenta con orgullo serlo de la Universidad de México y el modesto cirujano Juan de Correa, en opúsculo sobre el mercurio, ostenta ser maestro de Anatomía de la Universidad de esta ciudad, de donde agrega ufanamente, es *natural* o nacido en ella. En la contraportada de su pequeño libro aparece la mexicanísima Virgen de Guadalupe.

Hay casos que aun siendo poco frecuentes no dejan de ser significativos. El claustro de la Universidad de México se enfrenta al virrey Duque de Escalona, porque éste pretende nombrar catedrático de medicina a su médico de cámara.

Y también podría señalarse a Sor Juana Inés de la Cruz, en cuyo poema "Primero Sueño", compendia la fisiología galénica de su época, y Carlos de Sigüenza y Góngora quien dispone en su testamento que su cadáver sea abierto para que se estudien los cálculos vesicales que le hicieron sufrir, reivindica el pasado de México y colecciona las primeras piezas que fueron el origen de nuestro actual Museo logrando el presente de autores que el remoto pasado.

Más tarde, a fines del siglo XVIII los jesuitas mexicanos desterrados en Italia por orden de Carlos III, dan a conocer por Europa, a su patria que ellos han perdido para siempre en el exilio; Francisco Javier Clavijero en su *Historia antigua de México* hace recordar a Europa al olvidado Francisco Hernández y al caso desconocido Agustín Farfán y, al hablar de las costumbres de los antiguos mexicanos hace inimitable descripción de las prácticas médicas autóctonas. El sentido de los mexicanos en las páginas de Clavijero no sólo es patente; tiene un motivo: dar a conocer desde Bolonia los antecedentes de una nación que sufría el despotismo que lo había destinado. Despotismo ilustrado como se calificaba, pero al fin despotismo.

Estos hechos no caben analizarse en un discurso de ingreso a la Academia, con limitación de tiempo. Si los menciono, de ninguna manera señalo omisiones. Al contrario, lo hago para indicar las posibilidades en un campo fecundo y que tiene mucho por cultivar en el seno de esta Academia, ya que ella y sus antecesoras de 1836 y 1851 han dado material para establecer lo que es lo mexicano en la medicina.

Creo oportuno recordar al inolvidable Alfonso Reyes que escribía: "La realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica involuntaria e indefinible por lo pronto, porque está en vías de clarificación. No hay que interrumpir esta química secreta. Clama y tiempo son menester. Es algo que estamos fabricando entre todos. Nunca puede uno sospechar dónde late el pulso mexicano.

"Buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado, pedir a la versatilidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión de hombre mexicano en la tierra... esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país."

La Academia ha procurado siempre cumplir la misión hombre mexicano sobre la tierra. La ha cumplido al lado de la Universidad, que es, como decía Justo Sierra: "un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola edad, la de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de aptitudes, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber".

La Universidad mexicaniza la ciencia. En estos momentos publica la monumental edición de las obras completas de Francisco Hernández. Pronto hará revivir, en catálogo analítico, los fundamentales trabajos sobre hierbas mexicanas del extinto Instituto Médico Nacional, antecesor del actual Instituto de Biología. Nuestra Facultad de Medicina inicia las conferencias de orientación antropológica a los pasantes que van al Servicio Social, llevadas al cabo por su Departamento de Sociología Médica, Psicología, e Historia de la Medicina

con la colaboración de la Dirección de Antropología, y de los Institutos Nacional Indigenista e Indigenista Interoamericano.

En el momento actual es de lo más oportuno la presentación del trabajo que acabamos de escuchar, y el ingreso a la Academia Nacional de Medicina de Germán Somolinos D'Ardois, investigador incansable, escritor honestísimo, leal amigo y caballero a carta cabal, cualidades que le acreditan como un brillante académico, al cual me es grato y honroso dar la bienvenida.